



PEÑA ROTA



Boletín de Puerto Seguro

**Año XLIII
Nº 215, abril 2021**



SUMARIO

Nº 215

<u>Pág.</u>	
2.- Sumario	
3.- Cinco Haikus	José Luis Robles
4.- Aquellas fotos de entonces	José Ferreira Suárez
6.- Vidas anónimas	Francisco Bartol Hernández
12.- Museo Etnológico	Javier Peral Samper
15.- Quizás mañana	Vicente Hernández Alfonso
16.- Recuerdos de mi niñez V	Bernardo Robles Bartol
17.- Cuéntame una batallita, abuelo	Agustín Hernández Hdez.
18.- Manzana del médico Coletty	José Ferreira Suárez
24.- La motila/ La lana	Celina Muñoz
26.- Fray Luis de León	Juan José Calvo Almeida
28.- Pasatiempos	José Ferreira Suárez
29.- Noticiario	José Ferreira Suárez
33.- Pluviometría	Carmelo Chicote Bartol
34.- Nuestra portada	Emilio Calvo

Dirección de correo electrónico de **Peña Rota**:

boletinp.rota@gmail.com

Visita la página Web de Puerto Seguro:

<http://www.puertoseguro.org>



Publicación subvencionada por la
Diputación de Salamanca
 Imprime: KADMOS
 Compañía, 5

Depósito legal: S.667-1989

Cinco Haikus

Al crepúsculo
jugaban las perseidas
al escondite.

En los remansos
se acicalan los sauces
cada mañana.

Atardeceres
paleta de colores
de roca y agua.

Dura el invierno
en las figuras blancas
cunde en las huellas.

Aún en sequía
brota siempre el manantial
de Peña Rota.



José Luis Robles



AQUELLAS FOTOS DE ENTONCES

José Ferreira Suárez



Hna. María Asunción Hernández Hernández (Fati), el día que hizo sus votos perpetuos. La acompañan: Antonio Garrido Hernández, Agustín Hernández Bartol, Francisca Hernández Robles, Vicen Garrido Hernández, Tina Duque Núñez, Maruja Mayo Duque, Ángela García y, delante, Agustín Hernández Hernández. Año 1976



Romualdo Hernández Manchado y Vicenta Bartol Simón con dos de sus hijos, Agustín y José.

Año aprox. 1945



Cantando en la plaza: Amparo Ferreira Suárez, Florentina Hernández Hernández, Ángela Hernández Espinazo, Dolores Suárez Egido, Vicenta Hernández Espinazo, Matea Martín Martín y Epi Vicente Muñoz. Delante, con el tamboril, Francisco Bartol Limas.



En casa de Don José: José Vicente Espinazo Centeno, Álvaro Zato Manzano y José Antonio Bartol Hernández. Año aprox. 1961

VIDAS ANÓNIMAS

LA NIÑA, FRUTO DE UN AMOR PROHIBIDO

(Todos los nombres de las personas que aparecen en este escrito son reales, salvo el del maestro, que nos ha sido imposible comprobar; por razones de protección de datos no hemos anotado los apellidos).

Francisco Bartol Hdez.

A lo largo de la historia de una ciudad o un pueblo hay muchas personas “anónimas” en el sentido que no han sobresalido por un hecho especial, pero que su heroísmo fue el esfuerzo y el trabajo constante para sobrevivir y sacar a su familia adelante. Sin duda en nuestro pueblo ha habido muchísimas personas merecedoras de esta consideración.

Estamos en el año 1875. Ha terminado la primera república, y ha comenzado la restauración borbónica. Tener una hija muchas veces se consideraba una desgracia; se necesitaban brazos fuertes y mano de obra barata para trabajar en el campo, y poder subsistir; era preferible tener un hijo que desde joven o incluso desde niño ayudara a su padre a traer el jornal a casa. La mujer era siempre la compañera laboral del hombre; además de las faenas de la casa, propias de su sexo, como dice el modelo de las partidas de nacimiento que había en todos los Ayuntamientos, ayudaba al hombre en el campo. En esta época el analfabetismo de la población femenina era aproximadamente del 90%; por todo ello, las mujeres en las zonas rurales eran las que más sufrían la escasez de medios, y donde existía una gran cantidad de madres solteras.

Una ley llamada de Beneficencia del año 1849 y su Reglamento de 1852 obligaban a que en todas las provincias hubiera al menos una Casa Cuna, denominada también como Casa de Expósitos, Hospicio o Inclusa. Con todos estos nombres se conocían las instituciones que recogían y cuidaban a los recién nacidos, cuando sus madres la mayoría de las veces, aunque no siempre, por motivos económicos no podían hacerse cargo de ellos.

El Hospicio de Ciudad Rodrigo se terminó de construir en el año 1783 gracias al obispo Cayetano Cuadrillero, quien fundó también el Seminario; y las aportaciones económicas principales para esta Casa Cuna provenían de dos pueblos, La Fregeneda y La Redonda; hasta entonces los recién nacidos solían ser abandonados en las puertas de las Iglesias y muy frecuentemente en las puertas de la Catedral, haciéndose cargo de ellos los sacerdotes o canónigos, (Hernández Vegas, *Ciudad Rodrigo: La catedral y la ciudad*, Tomo I, página 200, y Tomo II, página 276). El político Madoz, en su obra "*Diccionario Geográfico, Estadístico e Histórico*" del año 1850, Tomo VI, página 159, dice que en Ciudad Rodrigo "*existe una Casa de Beneficencia en grande abandono por los escasos recursos en que cuenta para la sustentación y crianza de niños expósitos*".

A la Casa Cuna de Ciudad Rodrigo llegaron hijos legítimos, hijos naturales o ilegítimos y los denominados expósitos. El hijo legítimo es el nacido dentro del matrimonio; con la denominación de hijo natural o ilegítimo se designaba al recién nacido, que tenía una madre conocida, pero no estaba casada con su padre, y éste podía ser conocido o no; los apellidos que de estos niños/niñas eran los de su madre; la madre, en este caso, solía ser de condición muy humilde y que había quedado embarazada involuntariamente. Y finalmente estaban los hijos expósitos, que eran aquellos recién nacidos abandonados o expuestos, pero dejados en un lugar donde pudieran ser fácilmente localizados. En las Hurdes a estos niños los llamaban “pilos”, tal vez de la palabra “pupilo”. En nuestra tierra, a todos se les conocía con el nombre de “hospicianos”. El rey Carlos IV en el año 1805 (en la *Novísima recopilación de las leyes de España*) consideró que llamar a los expósitos con los nombres de borde, ilegítimo, bastardo, espurio, incestuoso o adulterino, era una injuria u ofensa para estos niños/niñas y, por tanto, quien lo hiciera debía ser castigado.

Las Casas Cunas no solo recogían niños de familias pobres, sino también de familias ricas; en este caso la familia rica era la del padre; éste había tenido una relación con una joven de familia pobre o muy pobre, lo que para su familia además de un verdadero escándalo era una deshonra; de acuerdo con algunos estudios en el año 1878, el 20% de los niños del Hospicio de Ciudad Rodrigo eran hijos de este tipo de familias.

El poeta salmantino, Gabriel y Galán (1870-1905), cuando describe a una “muchachuela virgen” que se dedica a cuidar veinte cabras, en su poema “Los sedientos” (en *Nuevas Castellanas*, publicadas en 1905), utiliza sobre los huérfanos unas palabras que hoy consideraríamos muy duras:

Su padre fue el pecado;
su madre, la desgracia
y otra pareja infame
de carne estéril y de infames almas,
la robó de la cuna de los huérfanos
con hórrida codicia calculada.”

Si a todo lo anterior, analfabetismo, zona rural empobrecida, añadimos ser hija de madre soltera, no eran pocas las dificultades que se le presentaban a una recién nacida; su familia quedaba totalmente marcada y su madre generalmente marginada para siempre; su vida estaba predestinada a ser dura y difícil.

La historia es la siguiente. De una relación amorosa (no matrimonial) entre una moza pobre, Manuela (nacida en 1857), y un pobre maestro, Valentín, nació una niña, Martina; Manuela tenía diecinueve años; Valentín, no sabemos, pero sí para el ingreso en la Escuela Normal de Magisterio, además de los requisitos físicos, morales, y culturales, ausencia de enfermedades, se requería tener aproximadamente dieciocho o veinte años, y la carrera era de dos cursos completos, hemos de concluir que no menos de veinte o veintiún años.

Manuela procedía de una familia pobre; su padre, Silvestre, que había nacido en 1815 en Martín del Río, hoy Martín de Yeltes, era, como dice la partida de nacimiento de Martina, Labrador;



su madre, Ana, había nacido en La Fuente de San Esteban en 1817. Manuela era la menor de los ocho hijos de este matrimonio; cuando nació Martina, Ana ya había muerto, y Manuela era la que se encargaba de las faenas del domicilio familiar; su abuelo tenía entonces sesenta años, para aquella época era una persona muy mayor ya que la esperanza de vida rondaba los cincuenta años.

En cuanto a Valentín, en esta época ser maestro era sinónimo de pasar hambre; hay un refrán popular que dice “pasar más hambre que un maestro de escuela”. Los maestros dependían del presupuesto del ayuntamiento, y si este era pequeño, también era muy pequeño su salario. Esta anécdota demuestra lo que terminamos de decir; es el comentario de un vecino a otro al volver del entierro del maestro del lugar: *“Fue un Maestro; pobre ser que, ingenioso como el hambre, lo llegó todo a saber, excepto lo que es comer ni caliente ni frío”*.

Y esta fue la única razón por la que el Silvestre prohibió el matrimonio de su hija Manuela con Valentín. Era una época en que los padres disponían los matrimonios; la autoridad paterna tanto sobre sus hijos como sobre sus hijas era absoluta. Para el matrimonio católico ante el párroco de la localidad era necesario el consentimiento paterno. Esta autoridad del padre tenía su fundamento en no permitir matrimonios entre desiguales, es decir, entre personas de diferente clase social. Con la necesidad de dicho consentimiento el padre controlaba la salida de los hijos e hijas fuera de su familia para formar otra familia. En cuanto el padre de Manuela supo de su embarazo la llevó a una dehesa con la finalidad de evitar la vergüenza y el deshonor a la familia. Volvió al pueblo unos días antes de nacer Martina.

Silvestre prohibió a su hija casarse con su enamorado maestro, porque éste, como era natural, saldría más pronto que tarde de este pueblo, a otra localidad mayor, probablemente Ciudad Rodrigo, donde le pagarían más por sus servicios docentes. Y Manuela sabía que no podía desobedecer a su padre y casarse en secreto porque se exponía a una sanción que consistía en la pérdida de sus bienes, seguramente no tenía nada, y a ser desheredada. Silvestre, por el contrario, dio su consentimiento apenas dos años después para que Manuela se casara con un labrador del pueblo, llamado Sebastián. De este matrimonio nacieron tres hijos, Lorenzo, Delfina y Juliana.

Martina nació el once de noviembre de 1875, a las diez de la noche, en casa de su abuelo materno, Silvestre, en Martín de Yeltes; fue inscrita en el Registro Civil, a las diez de la mañana del día doce de noviembre por este abuelo ante el juez municipal y el secretario del Ayuntamiento y dos testigos, naturales y vecinos del pueblo, y labradores como él.

Fue bautizada en la Iglesia Parroquial de este pueblo ese mismo día, doce de noviembre. En esta época los recién nacidos eran bautizados lo antes posible por la gran cantidad de mortalidad infantil; en consecuencia, Martina fue bautizada por el Párroco de Martín de Yeltes, Don Eustaquio, a las diez y media u once de la mañana de dicho día. Su madrina fue una amiga de su madre llamada Lorenza.

El nombre completo que se le impuso fue, ANA MARTINA VALENTINA; el primero, sin duda, por su abuela, ya difunta, como hemos dicho antes; el segundo porque nació el día de San Martín, el patrono de la Iglesia de su pueblo, y el tercero, en nuestra opinión, tal vez por la familia de

ese padre desconocido para la administración civil y religiosa, pero muy conocido en el pueblo, el maestro, al que hemos llamado Valentín. La imposición de estos tres nombres indica claramente que su familia no tenía la más mínima intención de perderla de vista, sino de seguirle la pista en el futuro, y poder recuperarla si fuera posible o en caso contrario tener una relación familiar con ella.

Fue llevada a la Casa Cuna de Ciudad Rodrigo por Silvestre y un vecino del pueblo, llamado Eusebio, el día veintitrés de este mismo mes; es inimaginable el dolor que puede sentir una madre a la que le arrancan de sus brazos a una niña que ha amamantado durante trece días para llevarla a la Casa Cuna.

El libro de ingreso en la Casa Cuna dice que esta niña vestía una camisa de lienzo moreno, pañal de igual tela, dos envueltas de lino y lana, unas mangas de indiana, un pañuelo blanco con flor amarilla, dos gorros, uno de indiana clara y otro blanco, y una liga por fajero. Puede observarse fácilmente en los libros de registro de la Casa Cuna si un recién nacido procede de una familia rica o pobre; los hijos de las familias ricas, para evitar la vergüenza y el escándalo que era tener un hijo fuera del matrimonio solían dejarlos en el torno del Hospicio por una persona de confianza, no familiar o familiar lejano, con muchas y elegantes ropas: pañal de puntilla, gorros bordados con puntillas, babador claro, venda de ombligo... y un espléndido donativo para que fuera bien atendido.

En La Casa Cuna de Ciudad Rodrigo solo estuvo cuatro días; el día veintisiete de noviembre, después de ser reconocida por el médico (en todas las Casas Cunas había un médico) fue entregada para su lactancia a la nodriza, **María**, casada, y vecina de **Barba de Puerco**, con la ropa de vestir, una almilla (camisa corta ajustada al cuerpo) y la medalla número 99. La nodriza (conocida también como ama de cría o ama de leche), antes de entregarle a la recién nacida, debía ser igualmente reconocida por el mismo médico; si la niña tenía madre conocida, no se entregaba a una nodriza del mismo pueblo. Por esta razón, Martina fue llevada a Barba de Puerco.

Era obligación de las nodrizas el cuidado y la higiene de estos niños; en las ciudades las nodrizas eran vigiladas por la Junta de damas, pertenecientes a la burguesía, en cambio, en los pueblos pequeños, los informes dependían del párroco del lugar; si una nodriza no podía amamantar al niño, debía comunicarlo inmediatamente al párroco, para que tomara las medidas que considerara convenientes. Aunque estas nodrizas externas al Hospicio recibían una compensación económica por lactar y cuidar a estos niños, no deben ser llamadas “mercenarias”, pues la cantidad de dinero que recibían era simplemente una ayuda en una época de mucha miseria, y sin la generosidad de estas nodrizas la mayoría de los recién nacidos no hubieran tenido ninguna posibilidad de sobrevivir. A finales del XIX el sueldo que percibían estas nodrizas era aproximadamente de treinta reales mensuales en el período de lactancia y la mitad después del destete. No eran pocas las nodrizas de los pueblos de la comarca de Ciudad Rodrigo que se presentaban en el Hospicio para ser madres lactantes; por ello, cuando a una nodriza se le retiraba la leche, pasaba poco tiempo para que el niño fuera lactado por otra. La agricultura no daba para poder sobrevivir, y esta lactancia asalariada era una ayuda económica para hacer frente a la pobreza de toda la comarca.

A partir de este momento, la llegada de Martina a Barba de Puerco, al no haber documentos oficiales, todo lo que sabemos es por lo que ella nos contaba cuando éramos pequeñas. No sabemos cuánto tiempo permaneció en el pueblo para su lactancia, pero suponemos que serían como mínimo dos años, que es el tiempo aproximado que estaban las nodrizas en el establecimiento benéfico de Ciudad Rodrigo. Hubo algún caso en que estos “padres” se encariñaron con el niño o la niña; cuando esto sucedía el niño o la niña permanecían en su hogar toda la vida, pero esto fue siempre una excepción; los estudios hablan de que el 80% de los niños expósitos moría antes de cumplir los cinco años.

Una vez de vuelta al Hospicio todos los niños y niñas eran instruidos en la doctrina cristiana, en las buenas costumbres y se le enseñaba a leer, escribir y a contar, más o menos hasta los siete u ocho años. Cuando llegaban a esta edad preparaban a las niñas para ejercer una profesión u oficio; como en la zona de Ciudad Rodrigo no había industrias en la que la mujer pudiera trabajar, enseñaban a estas niñas las labores propias de cualquier hogar, lavar, coser, limpiar la casa... Un anuncio en la Gaceta de Madrid, unos años antes, especificaba las funciones de la maestra de la Casa Cuna de Ciudad Rodrigo: *su principal obligación es residencia fija en ella y la enseñanza de las expósitas y educandas en las labores de aguja de punto y de costura, en leer y escribir (en esto habrá algún disimulo, es decir, con alguna falta de ortografía al escribir y algún error matemático), en buenas costumbres civiles y morales y en doctrina cristiana.*



Es muy probable que durante su estancia en el Hospicio, institución dependiente de la Iglesia y regida por un capellán nombrado por el Obispo, y donde la enseñanza de la doctrina cristiana y la historia sagrada era fundamental, Martina recibiera los Sacramentos de la Confirmación y de la Comunión. En esta época se impartía primero la Confirmación, aproximadamente a los siete años y en torno a los doce, la primera Comunión, en un acto privado dentro del Hospicio.

Desde que las niñas aprendían a “hacer faja y media”, labores que se consideraban propias de su sexo, se les reservaba una cuarta parte de la cantidad de dinero, llamada “peculio”, conseguida con la venta del producto realizado con el trabajo de sus manos, que se le entregaba cuando abandonaban el Hospicio. En el Hospicio debían estar hasta los doce o catorce años; y cuando salían era generalmente para entrar en el servicio doméstico en cualquier casa de la comarca.

Y así le sucedió a Martina repetidas veces. Primero, a los doce años fue sacada por un matrimonio, que no tenía hijos, con la intención de que cuidara de ellos cuando se hicieran mayores, pero la mujer murió muy pronto, y Martina volvió al Hospicio. Debió de estar poco tiempo en esta casa, unos dos años, porque sobre los catorce o quince años fue a servir a un pueblo con un matrimonio para cuidar cerdos; según contaba ella, el trato era poco bueno y la comida escasa; y tras ser informado de esto el Director del Hospicio, éste la obligó a regresar. Posteriormente entró a servir, como interna, en una casa de Ciudad Rodrigo, con un matrimonio con “posibles” como se decía en aquella época, que tenía su residencia en Madrid. Contaba, como anécdota, que en la capital vio por primera vez un brasero de la época para calentar la cama del señor.

Después marchó a servir a Salamanca. En esta casa aprendió verdaderamente las labores propias del hogar como eran amasar, guisar o planchar, y se dio cuenta que de todas estas tareas la que más le gustaba era cocinar. También aquí conoció el “calendario zaragozano”, al que Martina siempre tuvo mucho afecto por el santoral, por la predicción de los fenómenos atmosféricos (tormentas, pedriscos, borrascas, vientos...), por la relación de fiestas religiosas (miércoles de ceniza, Domingos de Cuaresma, Domingo de Pascua de Resurrección, La Ascensión, Pascua de Pentecostés...), y por sus proverbios y refranes.

Por fin, cuando tenía aproximadamente diecinueve años, fue a servir a Barba de Puerco con una familia allegada a la anterior y compuesta por el matrimonio y sus tres hijos pequeños; aquí conoció al que habría de ser su marido, Antonio, nacido en este pueblo en 1874; se casaron en 1896; de este matrimonio nacieron dos hijas, Ana María, el día de nochebuena del año 1900, cuando Martina iba a trabajar a jornal para un señor del pueblo recogiendo aceitunas, y Felicitas, dos años después. Antonio murió muy joven, ciego por la diabetes, enfermedad entonces incurable, el dieciocho de enero de 1907, a los treinta y cuatro años de edad. Martina tenía treinta y tres años. Fueron años muy duros por la penuria que había en estos pueblos del oeste de Salamanca. Para poder subsistir tuvo que ir muchas veces a Almofala con sus hijas para comprar pan; después hizo de hornera en diferentes lugares del pueblo, y durante mucho tiempo de cocinera, sobre todo en las bodas.

Manuela nunca más volvió a ver a Martina, aunque tenía noticias suyas, porque los hermanastros fueron a visitarla, ya viuda, a Puerto Seguro. Su padre, el maestro, según cuentan, nunca volvió a casarse porque siempre estuvo enamorado de Manuela y nunca conoció a Martina.

SOL		NOVIEMBRE		LUNA	
Sale	Pon	30 días	Sale	Pon	30 días
6 44	5 13	1 Dom. + LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS, San Benigno, San Cesáreo, mártir, San Pedro del Barco, conf. y Santa María.	6 46	9 10	noche. ma.3.
6 45	5 12	2 Lun. La Conmemoración de los difuntos, San Justo, mártir, y San Jorge, ob.	7 49	10 13	
6 46	5 11	3 Mar. San Valentín, gráf., San Hilario, San Malaquías, San Tediato y S. Vidal.	8 56	11 6	
6 47	5 10	4 Miér. San Carlos Borromeo, arzobispo, Santa Modesta, virgen, y San Proculo.	10 5	11 50	
6 48	5 8	5 Juev. San Zacarías, prof., y Sta. Isabel, padres del Bautista, San Eusebio, San Félix, mr., Santo Domingo y San Lito.	11 8	12 26	tarde.
6 49	5 7	6 Vier. San Leonardo, confesor, San Severo, obispo, y San Antico, confesor.	12 57		
<p>☾ Menguante en LEO, a la 1 y 29 m. de la madrugada.— Seguirán reinando, durante algunos días, los vientos del O., con tiempo nublado. Iluvioso y desagujado, como de invierno; nieves en las cordilleras; después cambiará al N.E., cediendo en fuerza y aclarando de nublados el cielo.</p>					
6 51	5 6	7 Sáb. S. Herculano, S. Amaranto, mr., S. Florencio, S. Aquiles y S. Erasmo.	0 11	1 24	
6 52	5 5	8 Dom. El Patrocinio de Nuestra Señora, Santos Severiano, Severo y Victoriano	1 12	1 50	
6 53	5 4	9 Lun. Aparición de la Virgen de la Almudena en la Cuesta de la Vega de Madrid, y Santos Teodoro y Sotero, mrs.	2 11	2 14	
6 54	5 3	10 Mar. Stos. Aniano, Demetrio y Andrés	3 9	2 39	
6 55	5 2	11 Miér. S. Martín, ob. y conf., pat. de Alberite, San Bartolomé y Santo Toribio.	4 7	3 5	
6 56	5 1	12 Juev. San Martín, papa, San Millán, cf., San Diego de Alcalá y S. Paterno, mr.	5 6	3 34	
6 58	5 0	13 Vier. San Estanislao, San Eugenio III, San Humbono, S. Arcadio y S. Rufo.	6 4	4 7	
6 59	5 0	14 Sáb. S. Serapio, abog. contra cólicos, S. Lorenzo, ob., y Sta. Veneranda, virg.	7 2	4 45	
<p>☉ Nueva en ESCORPIO, a las 4 y 42 m. de la madrugada.— El predominio de los vientos del N.E., frescos, pero blandos o suaves, traerá un tiempo en general bueno, de cielo claro, y ambiente encaimado aunque cada día se hará notar más el frío y comenzarán las escarchas por las mañanas.</p>					
7 0	4 59	15 Dom. San Eugenio I, arz. y pat. de Toledo, San Leopoldo y San Leocadio, ob.	7 58	5 23	noche.

ANA MARTINA VALENTINA falleció en Puerto Seguro el veinticinco de febrero de 1953; conoció a sus nietos y nietas y también a algunos de sus biznietos y biznietas.

Martina que tuvo, sin duda, una vida dura y con mucho trabajo, como la de muchas personas de su época y de este pueblo, aprendió en el Hospicio de Ciudad Rodrigo lo necesario para desenvolverse en la vida diaria, leer y escribir, no sin dificultad, a realizar las labores caseras, y a algo muy importante durante toda su vida, a REZAR; sentía verdadera devoción por la Virgen del Rosario, por eso su oración preferida cada noche era el rosario.

Este escrito ha podido realizarse gracias a la ayuda inestimable de Eloísa Hernández Manzano y María Hernández Manzano.

Museo Etnológico de Puerto Seguro.

20 años

Javier Peral

El Museo Etnológico de Puerto Seguro cumplirá en el próximo mes de agosto 20 años.

Todo empezó catorce años antes, cuando acompañaba a José Manuel a dar de comer a las gallinas y a ordeñar a la cabra, justo en el corral de al lado de donde ahora está el museo. Como soy muy inquieto por naturaleza, quería meterme en todas las labores a saco, pero José Manuel no debía fiarse de mi destreza pues no me dejó ordeñar la cabra.

Me puse a curiosear por el gallinero y las cuerdas, vi los pilones que servían de pesebre a los burros, algunos aperos de labranza y en un rincón donde se amontonaban tablas bien colocadas divisé una cama de hierro. Era plegable, de las que el cabecero y los pies llegan casi a juntarse uno con otro, estaba pintada en gris y colocadas las tablas para que las gallinas no pudieran meterse por allí.



¿Se imagina usted (todavía le hablaba de usted), una habitación en el desván sólo con cosas antiguas, de forma que al entrar en ella pareciera que nos hemos equivocado de fecha y hemos retrocedido un montón de años?

Ahí empezó la conversación sobre los antiguos objetos, los aperos que guardaba entre las vigas y zonas altas, los trastos viejos que Matea quería tirar o quemar y que él escondía y nos dimos cuenta que seríamos buenos cómplices para llevar a cabo nuestro propósito.

Los objetos de madera no muy grandes me los llevaba a Parla, donde procuraba tratarlos y restaurarlos sin que Agustina me viera, para volver en el siguiente viaje a Puerto Seguro. Así estuvimos unos pocos años, cuatro o cinco.

En una de nuestras estancias en Puerto Seguro nos anunciaron la intención de hacer arreglos en la casa para cambiar el tejado. Me pareció una gran oportunidad para meter baza y me ofrecí a pagar parte de la obra si un hueco que había entre el desván y el doble que quedaba encima de la cocina, se le daba suficiente altura para poner una puerta. Aquel espacio, donde José Manuel guardaba un ataúd por si era necesario, lo veía ya como el futuro museo. Se hizo la obra, se amplió el hueco para

poder pasar de pie de un lado al otro y por supuesto Matea no consintió que yo pusiera un duro.

El siguiente paso fue rescatar la cama de hierro del gallinero, limpiarla y pintarla, en negro y bronce, y colocarla ya montada en aquel nuevo espacio. Pedí permiso a Matea para meter algunas cosas y me puso una condición, el suelo debe quedar completamente libre para cuando se recoja la almendra. Y así fue cómo aparte de la cama y una máquina de picar la carne, cada una con sus respectivas patas, el resto de objetos se colgaban de las paredes o del techo, pues entre las vigas de castilla se podían meter tablas que permitían colgar algunos objetos.

Matea debió sentir que le empezaba a invadir la casa y no se mostraba entusiasmada con la idea. Agustina tampoco ayudaba porque para ella todo aquello eran cosas viejas sin ningún valor y si encima lo veía antes de restaurar me montaba alguna que otra reprimenda. Pero las dos, madre e hija, empezaron a cambiar de opinión, poco a poco y sin querer mostrarlo, cuando veían los objetos restaurados.

Aquella habitación del desván se convirtió en "el museo" y alguna vez sorprendí a Matea enseñando con orgullo los objetos allí guardados, aunque a mí me seguía diciendo "ya me traes más mierdas para el museo".

Doce años pasamos en la clandestinidad José Manuel y yo haciendo acopio de materiales cuando se presentó la ocasión de comprar la casa de Clara, la hermana de José Luis, y que sería la sede del futuro Museo de Puerto Seguro, aunque para entonces ya contaba con la complicidad de Agustina.



Se hizo la obra pensando siempre en dedicar la parte alta como vivienda y la parte baja como museo, con la suerte de encontrar a Luis, el portugués, marido de M^a Elena, amiga de la infancia de Agustina, y que entendió bastante bien la idea de convertir aquello en un museo. Él mismo donó piezas, buscó canterías y se esmeró cuanto pudo en la realización de aquel proyecto.

Terminada la obra aún tardamos año y medio en acomodar los espacios y los objetos ya restaurados creando seis ambientes: la entrada con corral, la cuadra, el portal, el dormitorio, la sala que se dedicaría a los oficios y la matanza, y la cocina.



El 18 de agosto de 2001 se procedía al acto de apertura e inauguración del museo, cortando la cinta José Manuel y Matea asistidos por Fernando y Diana ataviados con trajes charros. En el toral se invitaba a los asistentes a refrescos y aperitivos mientras esperaban que salieran los que habían entrado.



Por la tarde el grupo coral polifónico La Camerata, del que formaba parte Agustina, ofreció un concierto en la Iglesia.



Quizás mañana desaparezca
 la tediosa agonía de esta insania,
 y ya no sea visible el desencanto,
 y el rostro no muestre la huella
 de haber llorado tanto.

¡Ojalá! Solo fuera un esperpento.
 El hambre de milagro acumulada
 y el “dies irae” de las calamidades,
 se hubieran transformado en cuento.

Quizás mañana,
 alcancemos la misericordia,
 y las nubes lluevan el silencio
 y se corra el velo del olvido,
 sobre torres sedientas de campanas.



Quizás mañana

VICENTE HERNÁNDEZ ALFONSO

Quizás mañana,
 brillen los ojos con nuevo esplendor
 exhaustos de tantos quejidos,
 lamentos de cauce de río
 devorado en estío traidor,
 y se oigan arrullos de tórtolas
 perdidos en campos baldíos.

Quizás mañana,
 el virus mutará en pavesa errática,
 que muriera abatida en el aire.
 En bulo cruel, mendicante
 de oídos proclives a infamia.

Quizá en esta insania, el invierno,
 en guiños de sol, atrevidos,
 reviente la flor del almendro
 y la muerte ya no tenga
 la última palabra.
 Quizás mañana...



RECUERDOS DE MI NIÑEZ-V

BERNARDO ROBLES BARTOL

También recuerdo jugar, tanto en el juego pelota como por la parte de atrás, ya fuera a pelota a mano o al fútbol, hasta que era hora de merendar o recogerse en casa. Otros juegos que me acuerdo eran jugar al escondite y al escondite inglés. Las niñas jugaban sus juegos aparte, entre otros, al juego de las tabas, al juego del corro, al juego de bailar un plato con un palito de madera. Seguro que había muchos otros pero ahora ya no los recuerdo.

Existían otras formas de diversión y era juntarnos en pandilla e ir a nidos por los alrededores del pueblo; qué destrozos causábamos entonces en los nidos de pájaros como el mirlo, la tórtola, etc. Cómo picaban algunos para defender sus polluelos.

Por cierto en una de estas corribandas estábamos por debajo del Caño del Medio, cuando vimos venir por el camino a mi madre y otras dos personas que venían de lavar de la Rivera, y nos escondimos. Pero ya fue tarde, habían visto moverse a alguno y mi madre me llamó y claro yo contesté y por supuesto tuve o tuvimos que salir de donde estábamos e ir para casa, y al llegar, zapatilla.

Otro de los sitios donde íbamos era por la Callejita la Zorra e íbamos a los prados cercanos a la Fuente del Lugar. Estando jugando por los paredones de la Callejita la Zorra en una ocasión vi un hueco con dos pequeñas criaturas o bien eran culebras o bien crías de bastardo o de víboras. Qué intuición me dio que enseguida me fui de aquel agujero por no meterme con ellas, a saber qué hubiera pasado. Tampoco dije nada a los que me acompañaban.

Estas corribandas eran en primavera o comienzos del otoño pues recuerdo que íbamos en pantalón corto y mi madre no nos ponía de corto hasta el cuarenta de mayo, es decir 9 de junio. Por esos días cuando íbamos en pantalón corto no era extraño llegar con las piernas y sobre todo con las rodillas llenas de heridas.

Y eran días de felicidad y de andar a gusto pues cuando llegaba octubre y hasta el 40 de mayo siempre con pantalones largos y en la parte de arriba nos ponían una camiseta sin mangas creo que estaba hecha de lana, que cómo picaba aquella lana. Por entonces hacía mucho frío pero el día que calentaba el sol en cuanto corrías un poco la prenda nos hacía sudar y picaba y nos teníamos que arrascar.

Otro sitio que frecuentábamos eran las tierras que iban desde el colegio hasta llegar a la iglesia. Las escapadas eran un poco más lejos, la zona de la Renta, la Peña Rota y la Cruz del Siglo, la callejita de la Era, la Cruz del Pendón camino del Lombo y, la más lejos de todas, a la Puentita.

Una de las pocas visitas que hacíamos a la contigua escuela de niñas era con motivo de ver El Belén que ponía todos los años la maestra Dña. Asunción junto con las alumnas. Cuando lo visitamos dejábamos allí depositado algunas perras chicas que nos habían dado en casa. Y allí se cantaban los villancicos.



CUENTAME UNA BATALLITA ABUELO

Agustín Hernández Hdez.

A la casa del fotógrafo, como a otras muchas, se entraba por el corral. En el suelo picoteaban las gallinas. A la izquierda de la entrada bajo un cabañal, techado con escobas, estaba el carro con algunos aperos de labranza y unas jaulas, apañadas con cajas de madera, que tenían conejos de indias y hámsteres, cuya existencia yo desconocía hasta ese momento. Este exótico descubrimiento despertó mi curiosidad y admiración por aquellos animalillos. De frente estaba la puerta de la vivienda, a la derecha, pegado a una pared medianera, había un estercolero.

En la imagen no sale que yo estaba encaramado sobre el montón de estiércol con pantalón corto y alpargatas veraniegas. Tampoco sale la pared de pizarra cubierta con la sábana extendida y sujeta con dos estacas, que hace de fondo para esta fotografía. Igualmente oculto está el palanganero del portal en cuya palangana con aguas grises renuncié a lavarme la cara y en la que, sin darme opción a negarme, la mujer del fotógrafo mojó un peine y atusó mi pelo para la foto.

Tal vez la cara de pocos amigos, con el entrecejo fruncido y los labios resecos, refleja la contrariedad del momento y las vicisitudes que estaba viviendo ese día: el madrugón, pues con la fresca, albardamos el Árabe, caballo trotón que mi padre tenía para arar y tirar del carro y, montados en él, padre e hijo emprendimos viaje hacia el pueblo del fotógrafo, el calor, el polvo del camino...

Sí sale en la foto el chaleco de lana y la corbata de pega con gomita que, junto con la camisa blanca de manga larga, mi madre había metido en la alforja, doblándolo todo primorosamente y colocándolo dentro de un fardel a la vez que ordenaba que se me pusiera para el retrato. Indumentaria, sin duda, excesiva para aquel caluroso 27 de Agosto.

Yo subido en el estercolero, el fotógrafo con su cámara delante y zas, “voy a hacer otra por si acaso”.

Daos una vuelta y venid dentro de dos horas a recogerlas.

La foto era necesaria para el libro de escolaridad de bachillerato. Debía presentarse junto con la solicitud del examen de ingreso en la secretaría del Instituto.

El examen fue el 5 de Septiembre de 1962.



Querido lector: Será un placer para nosotros plasmar en estas páginas esa “batallita” tuya, que te gusta tanto contar. Envíanosla

LA MANZANA DEL MÉDICO COLETTY

(Casas XIII)

JOSÉ FERREIRA SUÁREZ

***Preámbulo.** Es complicado describir la evolución que ha sufrido esta manzana que estamos viendo pues a través de los años ha ido modificando su estructura hasta llegar a la que presenta en la actualidad. Andrés Chicote Lafuente, Sargento de carabineros, natural de un pueblo de Zamora, Bermillo de Sayago, y antecesor de todos los Chicote que hay y ha habido en nuestro pueblo, se casó en Puerto Seguro con Vicenta Espinazo Egido, hija de labradores acomodados. Poseía este Sr. en el año 1880 una casa de 300 m² que llegaba desde la calle de la Era hasta la casa de Ángela Hernández. Dos o tres años más tarde de esta fecha le cede a Diego Bernal Lorenzo una parte de la vivienda, al oeste de la misma, y en ese solar construyó Diego una casa nueva. Andrés siguió viviendo en el resto de la casa hasta sus últimos días.*

C/ Era, 5

Diego Bernal Lorenzo construyó esta casa en el año 1885 sobre un solar que le había comprado a Andrés Chicote que formaba parte de su casa. Este solar pudo haber sido una casita arruinada, una parte del corral o, lo más probable, una cortina, al igual que lo había sido el corral con el que linda al sur, que ahora pertenece a José Luis González. Le dio la entrada por la calle de la Era ya que antes todo el inmueble tenía la entrada por la Plaza. Diego estaba casado con Asunción Hernández, “la bañera”, llamada así por ser los propietarios y patronos de los Baños de la Fuente Santa. Tuvieron 6 hijos: Jesús, Nicolás, Diego, Blanca, Agustín y María. Los dos últimos murieron de mozos. Todos los hijos, excepto Blanca, emigraron al Brasil en 1928 junto con su madre Asunción y, por lo mismo, enajenaron todos sus bienes. La casa parece ser que había sido comprada unos años antes por Victorino Hernández y Agustina Rivero, ya que Asunción vivía en la casa de enfrente que también la había construido Diego. Posteriormente la casa fue heredada por Manuel Hernández Manzano, hijo de Victorino y de su primera mujer. Manuel se casó con Bonifacia Espinazo. A su muerte pasó la casa a su hija Aurora la cual hace algunos años se la vendió a José Ignacio y María Luisa que después de efectuarle una profunda reforma la habitan y disfrutan en la actualidad.

C/ La Plaza, 5

Andrés Chicote Lafuente, después de segregarse una parte de la casa, como acabamos de ver, siguió viviendo en ella hasta el final de sus días. La casa tenía la entrada por la plaza y hacía un recodo por la parte de atrás que llegaba hasta la casa del médico, Dr. Coletty (*Ver plano*). En este recodo era donde estaba la vivienda propiamente dicha, el resto era corral. Con el tiempo la parte de atrás, que era donde estaba la casa, terminó uniéndose a los dos pajeros que había delante. De hecho el primero de ellos lo integró a ella el propio Andrés, después de habérselo comprado a su cuñado Narciso. A la muerte de Andrés y Vicenta la casa fue enajenada por sus cinco hijos: Placeres, Isidoro, Florentina, Vicente y Miguel Chicote Espinazo; los dos últimos marcharon a América. La compró Asunción Hernández, “la bañera”, que ya poseía el horno que estaba delante por herencia de su marido. Al momento de emigrar a Brasil con sus hijos en 1928 le vendió todo el inmueble a Agustina Rivero que ya estaba viuda de Victorino con lo cual Agustina se hizo con todo el inmueble, desde la calle de la Era hasta la casa del médico Coletty. Al repartir sus bienes entre sus herederos le cedió la casa de Diego Bernal a Manuel, junto con la mitad del corral, y el resto del solar a su hijo José Manuel, casado con Matea Martín. José Manuel y Matea en los años cincuenta edificaron una casa nueva sobre lo que había sido el horno, si bien, construyeron otro horno similar al fondo de la vivienda donde estuvieron amasando pan para el vecindario durante muchos años. A su muerte heredó la casa su hija María Luisa, casada con José Ignacio Herrero, que son sus propietarios en la actualidad.

C/ Plaza, 6

Existía aquí un pajero de 30 m² propiedad de **Narciso Rodríguez Espinazo**, cuñado de Andrés Chicote. En torno a 1900 pasó a poder de Andrés Chicote, su lindero, que lo unió a su casa y siguió el mismo proceso que ella.

**C/ Plaza, 7**

En este número existía otro pajero de 20 m² que pertenecía a **Silvestre García García**. Murió sin hijos por lo que el pajero pasó a su sobrino Florencio Rodríguez García que estuvo viviendo en él algún tiempo. En torno a 1890 lo compró Diego Bernal Lorenzo que construyó en él un horno y fue dueño del mismo hasta que sus

herederos lo vendieron al tiempo de emigrar a Brasil. Este horno lo llevó en renta durante muchos años Isabel Alfonso. Cuando falleció Isabel y se cerró el horno, sus dueños, José Manuel y Matea, construyeron sobre su solar una vivienda que habitaron hasta el fin de sus días. Hoy pertenece a su hija María Luisa Hernández.

C/ La Plaza, 8 y 9

Esta casa era propiedad del médico titular del pueblo, **Don Antonio Coletty González**. No sabemos si la construyó él de nueva planta sobre el solar de otra vieja o la compró ya edificada como se encuentra en la actualidad. Tenía dos pisos y era de las más selectas del pueblo. Aquí vivió el médico hasta el día de su fallecimiento en el año 1889. Continuó unos años en propiedad de sus herederos hasta que aproximadamente en 1897 la compró el nuevo médico que había venido al pueblo, Don José Benito González. Cuando marchó del pueblo Don José Benito en los primeros años del siglo XX la adquirió Jesús Leoncio Hernández Suárez. Posteriormente la heredó su hijo Modesto Hernández Ferreira, cuyo nombre de pila era Sebastián, casado con Luisa Espinazo Calvo, el cual vivió en ella hasta el final de sus días. Hoy la posee y disfruta su hija Ángela Hernández Espinazo.

C/ La Plaza, 10

Nicolás Hernández Plaza, que aparece como dueño de este pajero, era hijo del



tío Mamerto. Estaba casado con Epifanía Martín, a la que llamaban *"la tía Faña"*, y murió en el año 1889. Vivía en la calle del Arenal, 1, donde tiene en la actualidad el taller Luis Mari. Un año antes de su muerte le vendió el pajero a Don Antonio Coletty y quedó integrado en su casa siguiendo en el futuro la misma evolución que ella.

C/ La Plaza, 11

Este pajero que permanece hoy en día tal y como se encontraba en aquella época, perteneció a **Robustiana Azero Piñel**. De ella hablamos en el número anterior de Peña Rota al referirnos a la casa de la Plaza, 14. El pajero ha permanecido unido a la casa y ha seguido la misma evolución que ella. Primeramente pasó a su nieto Bernabé Criado de Arribas a través de su madre, Candelas de Arribas, ya fallecida; después a su

biznieta Candelas Criado y, finalmente, a sus tataranietos Luis y Emilio Lorenzo Criado que se lo donaron junto con la casa a Rocío Zato, su actual propietaria.

EL MÉDICO COLETTY

Don Antonio Coletty González fue un médico-cirujano que estuvo en nuestro pueblo a finales del siglo XIX. Su trágica muerte causó una gran conmoción en los vecinos de tal manera que a lo largo de muchos años los contemporáneos de aquel hecho lo seguían recordando con cierta aprensión.

Don Antonio Coletty nació en Ciudad Rodrigo en 1823 y vino al pueblo como médico en 1865 desde Villar de Ciervo, donde había ejercido los años anteriores. Vivía en la plaza, en la casa que ahora es de Ángela Hernández Espinazo. El día 29 de junio de 1889 se suicidó a las cinco de la mañana disparándose un tiro con una escopeta por debajo de la barbilla que le deshizo el cráneo hasta el punto que le quedaron los sesos incrustados en el techo de la habitación.

Uno de los primeros en enterarse de lo ocurrido fue Julián Calvo, su compadre y buen amigo, al que fue a avisar la criada de lo que había ocurrido. Por cierto, que estaba comiendo guindas y una de ellas se le atragantó por causa del impacto emocional. Cuando llegó a la casa del médico se encontró a su mujer tomándose una tacita de chocolate porque decía *“-que tenía costumbre de preparárselo a su marido todas las mañanas pero como ya no lo podía degustar pues se lo tomaba ella”*. Sorprendía, cuando menos, su frialdad, pues no parecía haberle afectado demasiado lo que había sucedido.

Su muerte dio origen a numerosas comentarios, más o menos tenebrosos, entre los vecinos. Era de general conocimiento que era masón y achacaban su suicidio a la presión que había ejercido sobre él la institución masónica a la que pertenecía, la cual le había mandado cumplir unas espinosas órdenes que él se negaba a ejecutar. Ángela Hernández, a la que debo gran parte de la información, me comentaba que ella oyó decir a sus abuelos *“que le habían mandado matar a un hombre pero que él había preferido suicidarse antes que cometer aquel asesinato”*. Mi abuela Pilar era más explícita, decía *“que le habían mandado matar al cura”* y mi otra abuela, Argentina, me decía *“que por aquellos días se habían visto por Las Arribes dos hombres con cara de verdugos”* se sobreentendía que venían a dar muerte al médico por no cumplir las órdenes que le habían encomendado.

Pero conozcamos mejor su propia historia que nos aportará más luz sobre las causas que le pudieron inducir a quitarse la vida. Don Antonio Coletty nació en Ciudad Rodrigo en una conocida familia y estudió medicina en Salamanca. Contrajo matrimonio a los 23 años con Doña Juliana Cenzano y tuvieron un hijo, Federico, que

muere a los 19 años en nuestro pueblo. Antes había muerto su madre Juliana y Don Antonio se había vuelto a casar con otra mujer, Marcelina Seco, mucho más joven que él. Con ella tuvo varios hijos. La última, Petra, nació en Villar de Ciervo en 1865. Este mismo año, unos meses más tarde, se traslada a Puerto Seguro toda la familia.

En 1884 Petra tiene una hija de soltera cuando contaba 18 años. Esto en aquellos tiempos era una auténtica tragedia y más tratándose de la hija de alguien tan importante como el médico de la localidad. La niña, llamada Amparo, murió al año siguiente. Pero no terminan aquí los sinsabores familiares. En 1888, cuatro años más tarde, Petra lleva a su padre al juzgado porque desea contraer matrimonio con un joven natural de Hellín, posiblemente empleado en la aduana, al que su padre se opone. Don Antonio acude a la citación judicial pero mantiene su negativa a dar su consentimiento.

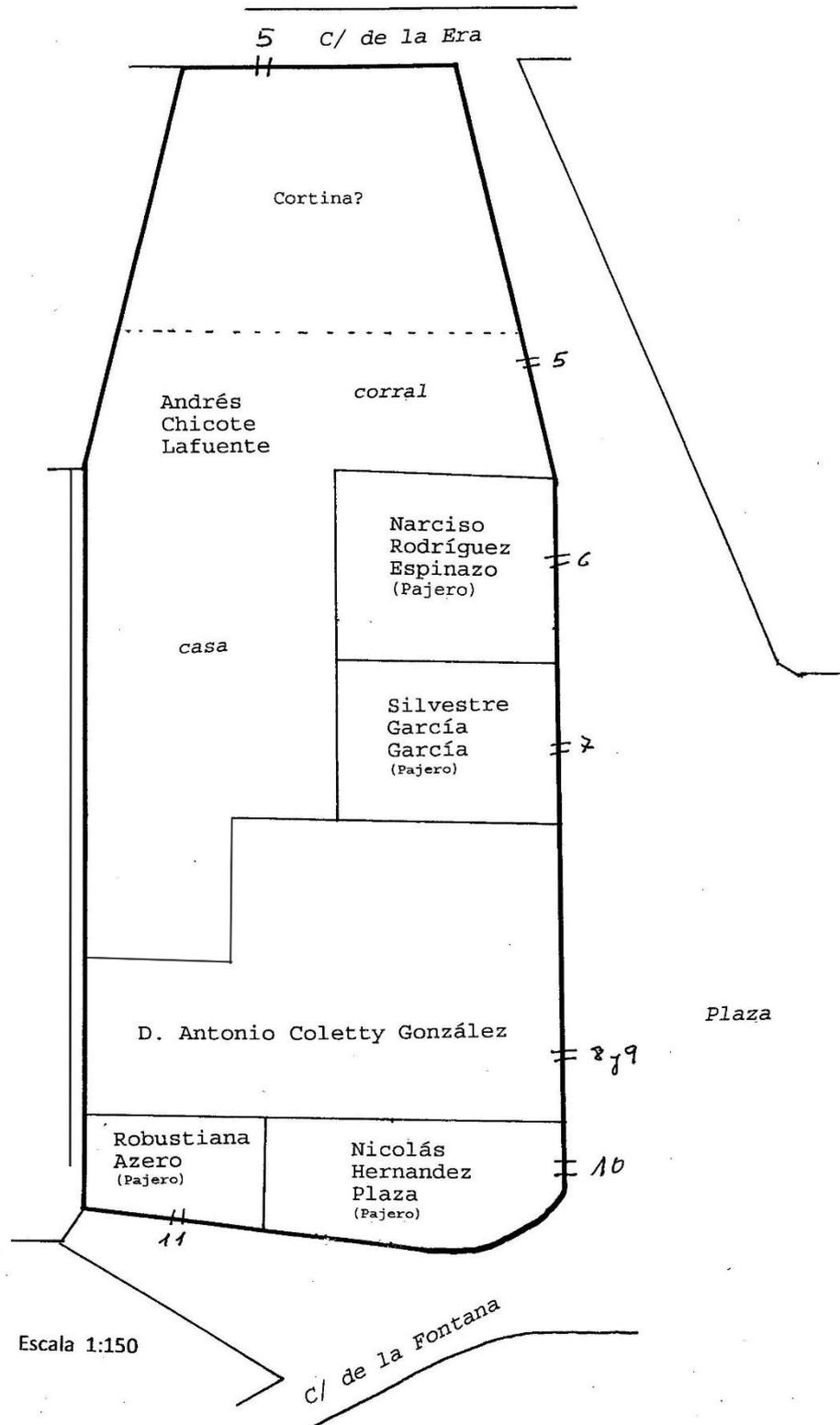


La vida familiar de Don Antonio parece ser que era de todo menos apacible y tranquila. En cierta ocasión le comentaba a su amigo Julián Calvo, el cual bajaba muchas noches a su casa a hacer serano: “-¿No oyes, compadre, en el sobrao, cómo ya me están saqueando? Y es que sus hijos, posiblemente con el conocimiento de su mujer, le robaban el grano para venderlo y lo sacaban a la calle por la ventana que da a la casa de Varis. Quizá esta situación de desavenencias familiares, y más concretamente del matrimonio entre sí, explique la aparente indiferencia con que recibió su esposa la tragedia de su muerte.

Todo parece indicar que era muy buena persona con ideas liberales bien enraizadas pero sus circunstancias familiares llegaron a sobrepasarle. En cierta ocasión unos mozos cometieron la gamberrada de repicar las campanas mientras la gente estaba en misa. Pues bien, los llevaron al juzgado y fue precisamente Don Antonio Coletty quien se prestó a su defensa.

Posteriormente a estos hechos toda la familia abandonó Puerto Seguro y se marchó a vivir a Ciudad Rodrigo vendiendo la casa y algunos otros bienes que poseían.

Año 1880





La motila

Celina Muñoz

Todos los años llegaban de La Extremadura a mi pueblo de Aldea del Obispo, los esquiladores con sus tijeras, delantales de cuero y los dedos de las manos protegidos, y dejaban a las ovejas desprovistas de su vestido de lana, con tal habilidad, que dejaban entero el vellocino, incluyendo la vestidura de las cuatro patas. Los corrales de los labradores se convertían en una verdadera fiesta. Me llevaron dos niñas a sus corrales y recuerdo el corral de tío Luis “Canariera”, y la de los vecinos de mi tío Julio, “los Camándulas”, y desde atrás del todo, veíamos cómo hacían pasar a las ovejas una a una y las “desnudaban”; al soltarlas ya esquiladas yo le miraba los ojos y me parecía que estaban tristes; pensaba que tenían frío. Recuerdo ver en el campo, cerca del pueblo, una piara de ovejas, que estaban en un cercado de cañizas, por encima del Caño de Arriba, y al pasar al día siguiente vi que dos hileras de cañizas las habían cambiado de modo que las ovejas -me explicaron- estercolaban otro trozo de tierra. En Navidad, el primer Nacimiento que tuve fue de recortables de cartón, que me compró mi tío Raimundo, y armamos el Portal y el Castillo de Herodes y no faltaban los pastores con una ovejita en los hombros, a ofrecer al Niño Jesús al lado del Portal. Pasados años y siguiendo la tradición, poníamos un Belén de figuras que fuimos comprando en años sucesivos y colocábamos unas ovejitas, dentro de las cañizas, que me hizo el habilidoso Fidel, hijo de Amadora y Gonzaga, cuando le ponía el nacimiento a mi hija Elena. Un año en Cadalso, pasamos la Navidad junto con los hijos de tío Isidro Paulino y Mari y los entonces niños, Isidro, José Mari y Argentina y pusieron en el porche un Nacimiento mucho más grande que los que hacíamos dentro de casa por el espacio que había, y hasta le pusieron luz dentro de las casitas de corcho, del Castillo, y la Estrella iluminada la colocaron en un abeto del jardín. Ya había pastores alrededor de una lumbre y las ovejas dentro de las cañizas.

En el periódico El País, vino ese mapa que adjunto de Javier Belloso con un artículo de Cesar Antonio Molina, que fue Ministro de Cultura, y describe el negocio de la lana en Covilha y se puede apreciar la zona de concentración de las ovejas en Aldea y Portugal. En el libro de la Iglesia de Aldea del Obispo y que llevaron al Obispado de Ciudad Rodrigo hace años vi las grandes firmas en el año de 1546, Juan GÓMEZ y el apellido RUIZ; no sé si sería Simón. Son los compradores y traficantes de La Lana. El Gómez portugués y Ruiz, de Medina del Campo, que perteneció al Obispado de Salamanca (Libro II de Villar y Macías). Muchos municipios portugueses se rigen por el Fuero de Salamanca. Ya Don Miguel en 1178, Presbítero de la Iglesia de San Juan de Medina del Campo vendió la heredad que poseía en

Siete Iglesias, para terminar la construcción del Claustro de la Catedral Vieja de Salamanca. Pide que lo entierren allí y designa renta para sufragios por su alma. Si no lo han quitado a la derecha del precioso altar de la Catedral Vieja de Salamanca, estaba un retrato de un RUIZ: Visité las Primeras “EDADES DEL HOMBRE”.

Con la persecución de los judíos en España, los que pudieron, se pasaron e instalaron en Portugal y se dedicaron a laborar la lana, lavarla, teñirla, hilarla, (aunque muchas eran mujeres), pasando por todos sus procesos hasta llegar a la sastrería. Por eso Covilha tiene mucha población judía.

Cuando se publicaba en Aldea la Revista “El Fuerte”, en 1995 en el número 32, ya hice un comentario sobre Bernal, Gomes y Ruiz.

Canción que enseñó a los niños de Aldea, Don Juan el maestro.

*“LA Martina, la Martina/ la hija del tío Ruperto,
Por no esquilas las ovejas/ ha perdido casamiento.
La Martina, la Martina/tiene cara de golosa.
Le pondremos un cencerro/ la echaremos a la Hoja”.*

En el corral de la casa de Aldea del Obispo del abuelito Fermín, ubicado en la plaza del pueblo, había una cochera, donde guardó por 1920, el Ford, y por algún tiempo El Sr. Luis Mangas tuvo sus coches de línea. En aquella cochera se guardaron los sacos de lana de las ovejas de todo el pueblo. Al retirar las sacas, faltó una, y mi pobre abuelito, fue arrestado a no salir de casa. Más tarde se supo que los mozos del pueblo, corrieron unas tejas de la cochera, se llevaron un saco a Portugal, y pudieron hacer una buena “merendola”. Eran los años de 1940 a 50. Entre los mozos había familiares y otros que lo fueron más tarde, al casarse.

En la zona de Portugal de Tras Os Montes y en Vila Real, un regalo obligado a la Novia al casarse, era LA RUECA Y EL HUSO. En Aldea en muchas casas, teníamos telares y ovillos de telas retorcidas para confeccionar las mantas de tiras. Se empleaban en las eras, en el campo para la merienda y para colocar debajo de los colchones, que se le alarga la vida y se quita frío del suelo. Conservo una en el capó del coche que como entonces no había tergal, se coloca en la tierra y no se le adhiere el pastizal.

En los cuadernos de notas de Plinio hijo se relata que cuando Plinio “El Viejo” pasa por Aldea procedente de Portugal sus moradores –que vestían “*capas pardas*”- le ofrecieron rica comida.

La moneda oficial en España fue el REAL DE VELLON.

Actualmente, Felipe VI Rey de España, ostenta en las grandes ocasiones el Vellochino de oro, colgado del cuello.





FRAY LUIS DE LEÓN

BIOGRAFÍA (I).

Nace en Belmonte, Cuenca, en 1.527 y en el mismo año en que nacía Felipe II. Es hijo de Lope de León y de Inés Varela. Ambos progenitores tienen entre sus antepasados judeo-conversos. Es más, por vía materna se tiene constancia de una bisabuela, Leonor de Villanueva, y su hermana Juana Rodríguez quienes estuvieron presas por la Inquisición por practicar ritos judaicos, condenadas y luego reconciliadas.

Su padre es abogado y consigue un cargo en Madrid. La familia se traslada a la futura capital de España, que no será tal hasta 1.560. De Madrid pasa la familia a Granada, donde el cabeza de familia ha sido nombrado juez, pero el joven Luis no ira a la ciudad de la Alhambra sino a Salamanca para iniciar estudios en leyes siguiendo la tradición familiar. Allí le espera su tío Francisco León, catedrático de Leyes y Derecho Canónico. En Valladolid ejerce su otro tío como abogado. Todos pensaban que seguiría la tradición familiar en el mundo de las leyes, pero ingresa en la Orden de los Agustinos en 1542 y dos años después profesa como monje. Fray Luis tiene 17 años.

En estos primeros años de estancia en la capital del Tormes cursa los estudios de Artes (Gramática Latina, Lógica, Filosofía Moral y Natural), algo así como nuestro bachillerato. Eran los estudios previos al acceso a la Universidad. Estos estudios se realizaban en los conventos y colegios religiosos y luego se examinaban en la Universidad, lo que hoy diríamos “prueba de acceso” y antes reválida superior.

El alumno Fray Luis de León se matricula en la Universidad en el curso 1.546/47. Puede optar por una de las siguientes titulaciones superiores: Teología, Medicina, Leyes, Cánones. Como no podía ser menos nuestro personaje opta por la Teología. Fueron sus profesores, entre otros, Melchor Cano y Domingo Soto. Años después, al terminar los cursos universitarios se dedica a la docencia en conventos de la Orden, en Soria y Salamanca. Residiendo en Soria, recibe la noticia de la muerte de quien más tarde fue Sto. Tomás de Villanueva (1.555), que había sido Arzobispo de Valencia. En 1.560 recibe el título de Licenciado en Teología y tras un duro examen consigue el de Maestro en la misma especialidad. Se había pasado 19 años hincando los codos y entonces cuenta con 33 años.

En 1.559 se produjo un hecho trascendental para el desarrollo de la cultura y el pensamiento español. Tan trascendental que sus repercusiones llegan a la actualidad: Felipe II, ya rey, prohíbe la salida al extranjero de los estudiantes para cursar estudios en universidades europeas. No quería que sus intelectuales se “contaminasen” con las ideas erasmistas, luteranas, anglicanas y luego las introdujeran en España, difundiénolas entre los súbditos de sus reinos. Nuestro actual retraso en el mundo de las ciencias exactas y empíricas proviene de ese hecho. Un botón de muestra: la Universidad de Salamanca permaneció sin cátedra de Matemáticas durante 130 años.

Mientras la U. de Salamanca es eminentemente tomista o seguidora de las doctrinas y del pensamiento de Sto. Tomás, la U. de Alcalá de Henares sigue muy de

cerca la teología positiva, que se centraba más en la explicación de textos bíblicos. Fray Luis acude a Alcalá y durante un curso se empapa de las explicaciones de textos bíblicos.

En 1.560, además, se presenta a las oposiciones por la cátedra de Sagrada Escritura, pero las pierde ante Gaspar Grajal, con quien traba una gran amistad aunque lo normal es que ambos opositores quedaran enfrentados y poco menos que enemigos. Las oposiciones sacaban a relucir escándalos, rencillas y conflictos entre los opositores. Votaban por uno u otro candidato el profesorado de la universidad y los alumnos, con un voto muy especial. Era un voto de calidad: no valía igual el voto de un alumno recién llegado que el de otro universitario del último curso.

Pero Fray Luis no se arredra y al año siguiente gana la cátedra de Sto. Tomás y un año después viaja a Granada: su padre ha fallecido. Es 1.562 y Fray Luis cumple 35 años. Cuatro años después se ha de presentar de nuevo a cátedra. La oposición ganada tenía validez por cuatro años y había que volver a presentarse. Esta vez opta por la cátedra de Durando y en ella estaba cuando es denunciado a la Inquisición. Se debatía por aquel entonces el texto bíblico de la Biblia de Vatablo; pensando en una próxima reedición, se trataba de pulir errores de traducción, errores de los copistas y cosas por el estilo. En la comisión de estudiosos y teólogos, nombrada al efecto, se hallaba Fray Luis siendo partícipe y testigo de acaloradas discusiones. En el fondo se trataba de dar más importancia a los textos hebreos de donde procedían los textos latinos de la Biblia Vulgata de S. Jerónimo. Traducir nuevamente los textos hebreos y comparar con los latinos, era la tesis de Fray Luis quien sacaba a relucir lo aprendido en la U. de Alcalá y en sus conocimientos de hebreo. Es a finales 1.571 (año de la famosa batalla de Lepanto) cuando se produce la denuncia y meses después (marzo 1.572) cuando da con sus huesos en la cárcel inquisitorial de Valladolid. Junto a nuestro protagonista son también encausados los agustinos Gaspar de Grajal (secretario, además del rector Pedro Portocarrero) y Martín Martínez de Cantalapiedra, profesor de hebreo.

¿Quiénes fueron sus denunciantes? Curiosamente sí conocemos sus nombres: Bartolomé Medina, Gregorio Gallo y el profesor de griego León de Castro (dominicos los tres).

¿De qué se les acusa? De infravalorar los textos bíblicos de la Vulgata, en latín, para dar más importancia a los textos hebreos. Se deslizaban hacia el judaísmo. Y en el caso de Fray Luis se le acusaba de falta de limpieza de sangre (procede de judeoconvertidos) y de traducir al castellano el Cantar de los Cantares, cosa que había prohibido el Concilio de Trento.

¿Algo más? Pues sí, había algo más. Fray Luis estaba muy bien relacionado con el rector (Pedro Portocarrero) y con el vicerrector (Pedro Salinas). Por ello y por la talla intelectual, personal y moral es comisionado por la Universidad para acudir a Madrid (1.570) y entrevistarse con Felipe II para tratar la subida de los sueldos en las cátedras menores. Ello acrecentaba la categoría personal de Fray Luis. Eliminar a este catedrático era quitar de en medio un “peligro” potencial (recordemos que Lutero era fraile agustino como Fray Luis), desmochar el predominio de los agustinos y conseguir para los dominicos la preeminencia en la Universidad de Salamanca, pues ya la tenían en la Inquisición. Era la ocasión y el momento óptimo para deshacerse de Fray Luis.

Por hoy, basta. Quedan más cosas por contar sobre este salmantino de adopción y que tanta gloria ha dado a la Universidad.

Un afectuoso saludo desde Valencia para todos los lectores de Peña Rota.

Juan J. Calvo Almeida.



PASATIEMPOS

JEROGLÍFICO

100 0 N

NOTA



-50

-¿Con qué taladró la pared?

SOPA DE LETRAS

F	V	J	S	N	A	K	C	G	C	C
V	D	U	N	M	C	D	N	V	R	B
N	C	S	N	O	C	D	Z	U	N	P
B	S	N	A	F	L	R	C	N	X	Z
C	G	C	F	Z	V	E	U	T	R	N
B	I	T	G	B	R	B	J	Ñ	O	P
P	P	I	S	O	B	O	N	C	A	C
S	B	C	M	R	C	Z	F	U	O	L
B	S	B	Y	U	D	A	H	L	A	S
A	R	E	U	Q	I	R	T	L	A	F

-Busca 5 nombres de piezas del traje de charra.

SOLUCIONES AL NÚMERO ANTERIOR

JEROGLÍFICO: Sólo el caballar.

SOPA DE LETRAS: Agujones, collares, encajes, medias, pendientes, rebocillo.

José Ferreira Suárez

NOTICARIO



DEFUNCIONES

El día 5 de marzo falleció en Madrid José Manuel García Martín a los 89 años de edad. Estuvo casado con María Antonia Marco y era hijo de Joaquín García Rivero y Luisa Martín.

El día 25 de marzo falleció en Bilbao Jesús Fructuoso Estévez a los 86 años de edad. Natural de Villar de Ciervo estaba casado con Francisca Manzano Iglesias, hija a su vez, de Agustín Manzano Suárez y María Ignacia Iglesias Almeida.

El día 6 de abril falleció en Bilbao Luis Espinazo Simón, a los 75 años de edad. Estaba casado con Rosa María Gómez Sanz y era hijo de José Manuel Espinazo Martín y Francisca Simón Zato.



NACIMIENTOS

El día 8 de marzo nació en Madrid Vera Ferreira Carro, hija de Ana. Es nieta de José y Pilar y biznieta de Agustín Ferreira González y Dolores Suárez Egido.

El día 21 de marzo nació en Madrid Miguel Menéndez Hernández, hijo de Elisa y Fernando. Es nieto, por vía materna, de Agustín y Rosina y biznieto de Agustín Hernández Bartol y Francisca Hernández Robles.

SEMANA SANTA

Este año, como el pasado, las vacaciones de Semana Santa se vieron condicionadas por las restricciones de movilidad entre las Comunidades Autónomas debido a la pandemia del Covid-19.

Como es natural, ni la afluencia de gente, ni las celebraciones religiosas tuvieron la relevancia que tienen en un año normal. La mayor parte de la gente apenas salía de casa y el pueblo continuaba estando aparentemente solitario sin el ajetreo y el bullicio infantil de otros años

El Domingo de Ramos se celebró la misa por la tarde ya que el párroco, Don Juan Carlos, tiene asignados dos pueblos más de los que tenía y se ve obligado a redistribuir su tiempo para atenderlos a todos entre la mañana y la tarde.

Pese a todo, la mayor parte de la gente acudió a la bendición de los de ramos portando cada uno su ramo o sus ramos, porque los que residen allí se preocupan de hacérselos a los parientes y amigos que no han podido acudir al pueblo por estas fechas con el fin de que todos ellos puedan disponer de alguno para colocarlos en sus ventanas.

La imagen del Nazareno lleva dos años sin salir con el pesar de muchos parroquianos pero las circunstancias así lo han exigido.



El Día del Hornazo fue una jornada soleada lo que aprovecharon algunos para salir a comerlo al campo.

PUNTO LIMPIO

Puerto Seguro ya tiene su edificación de “*punto limpio*”. Hasta ahora todos los desechos que no eran adecuados para ponerlos en los contenedores de basura, como electrodomésticos, hierros, etc., se llevaban a los locales habilitados para ello en la



plaza que eran, primero, el toril y después, la cárcel.

Pues bien, el ayuntamiento ha construido un local en las afueras del pueblo, concretamente detrás del cementerio, para este cometido específico.

Consta de una estancia cerrada donde se van acumulando los desechos hasta que pase el camión a recogerlos, y una plataforma exterior donde los vecinos los depositan hasta que los empleados del ayuntamiento los introduzcan en su interior.

NUEVA CALLE ASFALTADA

Es probable que fuera esta la última calle que quedaba por asfaltar en todo el municipio. Se trata de la llamada Calle Norte, del Carrascal.

Con ello se puede dar perfectamente la vuelta a la manzana en coche y se ha facilitado el acceso a los solares y las casas que había en esta



calle que, aunque la mayor parte están arruinadas, siguen conservando su titularidad.

RAYAS EN LA CARRETERA

Hemos visto con satisfacción cómo se han vuelto a pintar de blanco las rayas laterales de la carretera.



Estas rayas tienen una importancia vital cuando se viaja de noche o con niebla pues es lo único que nos hace distinguir el borde de la vía.

Cada ciertos años hay que repararlas porque se van borrando poco a poco y últimamente apenas estaban visibles.

NUEVO DEPÓSITO DE AGUA

Otra de las obras que ha acometido el ayuntamiento es la construcción de un depósito de agua de 10.000 litros para abastecer las necesidades del ganado, sobre todo en verano.

El agua proviene de un pozo que ya estaba abierto anteriormente con una caseta donde se encontraba la bomba pero que no estaba siendo utilizado.

Ahora se ha adjuntado un depósito que recibirá permanentemente el agua para abastecer a los vecinos que acudan a llenar sus aljibes o garrafas para atender el ganado.



También hay un caño con una boya donde podrán abrevar directamente las caballerías u otros animales cualquiera.

PLUVIOMETRÍA

ENERO

Total litros /m2.....**40 litros**
Día más lluvioso.....Sábado, 23 con 12 l.

FEBRERO

Total litros/m2.....**145 litros**
Día más lluvioso.....Martes, 9 con 29 l.

MARZO

Total litros /m2.....**0 litros**

Carmelo Chicote Bartol



Nuestra portada

Preparados con ropaje que proteja piernas y brazos, con algo para comer, agua y un buen palo salimos. Y es que el camino es abrupto e incierto para llegar a **LOS BAÑOS**.

Camino de El Hoyo se suaviza el frescor de la mañana con la salida del sol por la ladera de enfrente. Una vez dejado el camino de tierra, el sendero se pierde entre zarzales, escobas y otros arbustos.

- Parece que es por aquí.
- Voy a ver más adelante.

Lo mejor será seguir la antigua calleja que conserva, en parte, las paredes de piedra y que en su día fue un camino limpio y muy transitado.

Aunque en varios tramos es dificultoso hacerlo, seguimos la calleja y, al fin, en un alto divisamos una construcción reconocible, es la caseta de El Cotorro y hacia allí nos dirigimos.

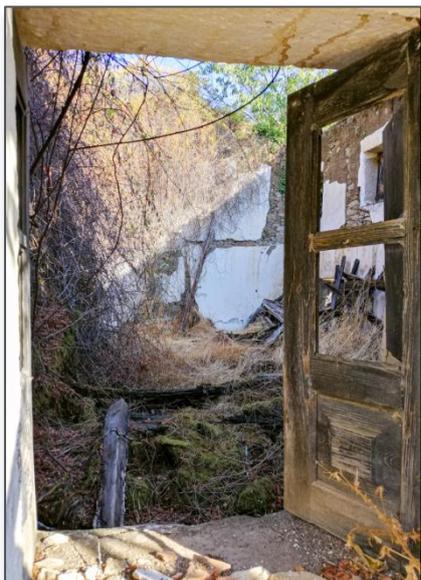
Una vez visitado, nos desplazamos unas decenas de metros a la izquierda en dirección hacia el río. Subidos en majestuosas moles de piedra intentamos adivinar la ubicación de nuestro objetivo: los baños. A lo lejos, en medio de una frondosa vegetación, más que verse, se intuyen los restos de lo que fue el balneario.

Regresamos a la caseta de El Cotorro y, por un sinuoso sendero, llegamos a lo que fue el corral donde guardaban sus caballerías los que hasta allí llegaban. El cabañal hundido mantiene algunos de sus postes, paredes caídas y varios pilones dan muestras de lo que aquello fue.

Y ya un poco más adelante... Los Baños.



Estremece ver lo que queda: la piscina de piedra donde se realizaban los baños, rodeada de hierbas pero llena de agua sobre la que flotan algunas hojas, así como el pilón donde se calentaba. Aún brota el manantial sulfuroso que sirvió para aliviar males a tantas personas que por allí pasaron de nuestro pueblo y de pueblos cercanos.



Al lado está la casa. Por una puerta totalmente desvencijada, se accede al interior ya sin techo. Se intuyen las dos plantas de aquel edificio distribuido en habitaciones, cocina y dependencias donde realizarse los baños. Impresiona el estado de sus agrietadas paredes en las que la maleza va haciendo estragos; vigas con puntas oxidadas y muchas ventanas que aún conservan sus cuarterones.

Recordamos historias y anécdotas que nos han contado, acaecidas en ese lugar que fue relevante y que ahora es sólo un reducto más de la España olvidada. Evocamos momentos que allí debieron ser compartidos: charlas, canciones, enfermedades, esperanzas,...



Emulando a las aves, nos posamos en un torreón disfrutando del lugar dejándonos abrazar por la paz del entorno y el murmullo del Águeda.

Disfrutamos un buen rato de las espectaculares vistas: el río en lo más profundo, a un lado y a otro algunas lapas como la de Los Andorinos, enormes lanchas y el canal, profunda cicatriz que las atraviesa y que desde la presa hasta la central va llevando el agua.

Después de recobrar fuerzas con algo que llevarnos a la boca y un trago de agua, seguimos un imaginario sendero que deja atrás Los Baños. Más pronto de lo previsto nos encontramos el camino que sube desde La Presa hasta Los Pocitos. Por él regresamos al pueblo, cansados pero satisfechos de haber rememorado un tiempo y un lugar olvidados.

Texto y fotos: Emilio Calvo García